



OTROS TEMAS

CODESARROLLO DESDE EL SUR MIGRANTE: 20 AÑOS DE MIGRACIÓN, DE ESPERANZAS Y CONVIVENCIA INTERCULTURAL

MARÍA ELIZABETH PACHA ORELLANA*
NIGEL CASPA**

El Comité Editorial de *Resistencia* recibió el artículo de María Elizabeth, ex estudiante de la Universidad Andina (1999). Por la importancia de este aporte y su valor documental se designó a Nigel Caspa para colaborar en el tratamiento del texto. Ambos trabajaron en la estructura narrativa y la adición de información relevante, tratando de respetar el sentido original; este ejercicio dio como resultado el artículo que se presenta.

Si buscamos estudios de la última ola migratoria ecuatoriana a España e Italia, encontraremos varias propuestas de interpretación social, pero el fenómeno es tan grande y complejo que sería un

error creer que no se puede decir más. La historiadora Chiara Pagnotta ha sugerido que el migrante ecuatoriano se convirtió en un puente entre culturas y dispositivo de transformación para el lugar de origen. Por su parte, la historia vivida de María Elizabeth Pacha Orellana nos insinúa a prestar atención al rol transformador del migrante fuera de su país. Por ejemplo, en este documento se narran las actividades de la asociación de migrantes ecuatorianos Galápagos, ubicada en Zaragoza. Tal asociación, al menos en su primera etapa, orientó sus actividades en torno a la concepción del codesarrollo, un legado del “Obispo de los indios”,

* Estudiante de la Maestría de investigación en Historia, y ex alumna de Actualización Pedagógica en Historia (1999). <elipachita@yahoo.es>

** Estudiante de la Maestría de investigación en Historia. <nigel.caspa@gmail.com>

monseñor Leonidas Proaño, y que los migrantes trasladaron de la Sierra ecuatoriana a los barrios populares de Zaragoza. En este punto, es probable que la Asociación Galápagos se diferenció de otras asociaciones migrantes ecuatorianas en España por su alto compromiso político-social, antes que uno solo orientado a revitalizar costumbres, tradiciones e identidades regionales. Por supuesto, tal hipótesis debe mejorarse y comprobarse.

Por todo esto y más, el artículo es una memoria, en la que el lector podrá encontrar en sus líneas, una historia, una fuente y como María Elizabeth lo declara: una visión de la migración ecuatoriana más allá de las estadísticas y de los puntos de vista de expertos en migración, es decir, desde la mirada europea etnocentrista. Esta es una mirada desde el codesarrollo, en primera persona y desde el Sur. Es decir, como lo vivimos, lo construimos y lo filosofamos desde los migrantes ecuatorianos.

Todavía recuerdo el día que fui a España, fue el 11 de septiembre de 1999. Viajé por motivo de salud, pero pasó el tiempo límite de residencia temporal y empecé a ver una realidad que me era muy cercana, pues mi hermana había ido en busca de trabajo. No sabía a ciencia cierta que se trataba de un fenómeno migratorio, vivido en primera persona. Empecé a vivir de cerca realidades muy dolorosas, como no tener nada y verme obligada a iniciar con un proyecto de vida desde cero, en todo sentido. Se comentaba entre paisanos que había que cuidarse de los policías y poco a poco se iba metiendo el miedo de ser inmigrantes ilegales en el cuerpo.

En tres meses no existíamos ni para nuestro país ni para el de acogida. Éramos una mano de obra y la esperanza para las familias que habían quedado en Ecuador, que estaba devastado por la inflación, la corrupción, la miseria, con el dolor de ver partir a sus seres queridos.

En 1999, Ecuador estaba viviendo una situación de empobrecimiento extremo. La deuda externa obligó a firmar acuerdos con el FMI (Fondo Monetario Internacional) en perjuicio de los más desfavorecidos del país; además de una tasa de desempleo muy alta, los levantamientos indígenas y la guerra con Perú. Según UNICEF, Ecuador era

un país empobrecido, con un salario mínimo que equivalía a USD 4 mensuales, donde el 20 % de la población tenía un ingreso inferior a USD 1. Se congelaron los depósitos bancarios, lo que ocasionó que los ecuatorianos no pudieran disponer de sus ahorros y había corrupción desde las más altas esferas hasta el ámbito doméstico.

Recuerdo que el mes de octubre de 1999, 15 ecuatorianos y ecuatorianas bajamos a la iglesia del Pilar en la ciudad de Zaragoza, Comunidad Autónoma de Aragón. Hacía falta, ante tanta incertidumbre, al menos alguna fortaleza espiritual. El 12 de octubre se celebraba el Día de la Hispanidad. Fue impresionante, doloroso y gratificante llegar a la iglesia del Pilar, la patrona de Latinoamérica. Atravesamos el portón y al costado izquierdo, frente a la Virgen, eran visibles varias banderas muy grandes y envejecidas por el tiempo que llevaban colgadas. Seguro tenía algún significado esa ubicación. Entre aquellas estaba la de Ecuador, hermosa, vieja y sucia. Hubo una sinfonía de emociones, alegres y tristes. En el fondo dijimos todos, “¡esta tierra nos quiere y aquí nos quedamos!”.

Decidí quedarme, pues la trayectoria de mi vida había pasado entre luchas, organizaciones populares, revoluciones con mi gente. Pensé que había que escribir esa historia desde la conciencia de la militancia. Mi pueblo estaba siendo atropellado. Los derechos estaban siendo vulnerados. En ese momento, la migración era una gran desconocida, tanto por la sociedad de acogida, como por los migrantes. Creo sinceramente que nadie era consciente de lo que se venía. Así pasaron los años.

No creo que hubiera racismo, la verdad, más bien había solidaridad. Recuerdo a la hermana Nuria, una mujer española de unos 70 años. Le llamamos hermana, porque pertenecía a la Iglesia evangélica. Estábamos en nuestro piso, mis primos, hermanos y amigos y teníamos tres cucharas de plástico, tres platos y tres vasos y sentados en el suelo llorábamos y (como buenos ecuatorianos) nos contábamos cachos para alegrar nuestra tristeza. En eso, golpearon nuestra puerta. Era la hermana Nuria, sonriendo. Nos dijo: “¡Chicos, veniros a llevar cosas de mi piso!”. Subimos y prácticamente nos instaló el piso con cortinas, vajilla, ollas, sábanas cobijas, etc. Hasta ropa de invierno. Nunca habíamos sido testigos de un acto de generosidad tan grande y tan desprendida. ¡Recuerdo actuar así solo a mis padres y abuelos cuando llegaban forasteros de provincia!

Recuerdo una frase que decía: “¡Sentiros bien! En España nadie se muere de hambre, y si tu Dios es mi Dios, viviremos como hermanos”. En mi entorno, tuvimos mucha suerte. Teníamos muchos amigos españoles, vecinos que jamás nos hicieron sentir como inmigrantes. Al contrario, nos echaban una mano a veces sin pedirselo. Escribiendo esto, siento vergüenza por cómo están pasando los hermanos venezolanos en Ecuador.

Sentíamos la responsabilidad de dar una respuesta concreta a la realidad que estábamos viviendo en ese momento, fue así que algunos ecuatorianos radicados en España formamos una asociación llamada Galápagos. Contó con la participación de 5000 militantes, pese a que la ley mermaba toda posibilidad de que migrantes indocumentados pudieran organizarse socialmente. Algunos de nosotros habíamos trabajado con monseñor Leonidas Proaño y habíamos militado en la JEC (Juventud Estudiantil Católica), JOC (Juventud Obrera Católica), CEBS (Comunidades Eclesiales de Base), etc. Formamos la asociación con dos objetivos. El primero, ser apoyo para los inmigrantes en España ante la situación de vulnerabilidad y el segundo, desarrollar proyectos de codesarrollo en nuestro país de origen.

En las asambleas, hacíamos crítica constructiva sobre la migración de la cual teníamos experiencia: la estadounidense. Se contaba de las mansiones que hacían los inmigrantes ecuatorianos de Cuenca y Cañar en sus comunidades de origen, mansiones que no servían a los padres ni a la familia del migrante, sino que se deterioraban inhabitadas, más bien ocupadas por las vacas y el maíz, porque sus familiares seguían viviendo en la casita de paja o de teja de antaño, quizá en la misma pobreza. Reflexionábamos sobre cómo esa migración no provocaba cambios estructurales ni en su familia ni en sus comunidades. Solo era económica y aparentaba el “éxito migratorio”, evidenciado en majestuosas construcciones que no provocaba cambios y menos prevenía la migración.

Los socios y los militantes de la Asociación Galápagos queríamos y debíamos aprender del

error de la migración estadounidense y plateábamos otra trayectoria para la migración española. Recordábamos a Leonidas Proaño, y su filosofía del codesarrollo, un trabajo horizontal, solidario, comunitario. Nos acordábamos de Paulo Freire y su método Ver, juzgar y actuar. Nos acordábamos de monseñor Romero. En fin; pregunto ¿cómo íbamos a plantear de otra manera nuestra organización si veníamos de las organizaciones populares, con el espíritu emprendedor, transformador, valiente y militante?

La vida nos estaba dando la oportunidad de ver al español que odiábamos centenariamente desde otra perspectiva. La historia empezaba a tambalear, pero no nos pasaba solo a nosotros, a ellos también. Recuerdo que los españoles se admiraban de que nos gustara leer, es más, que supiéramos leer.

Qué ignorantes éramos unos de otros, qué atrasados o qué anclados nos habíamos quedado en el tiempo, y ¡qué oportunidad teníamos de construir una historia diferente!

En el año 2001, en el periódico y en los medios de comunicación, nuestra Asociación Galápagos era valorada como atrevida y audaz por haber tomado la valentía y la iniciativa de organizarnos, cuando la Ley Española prohibía reunirse y sobre todo por ser ilegales. Pero, nosotros incluso nos tomamos las calles para declarar y reclamar nuestros derechos humanos. ¡Qué atrevidos fuimos! Queríamos aprovechar todas las oportunidades. Pensábamos en el comercio justo, queríamos que se conociera Ecuador.

Creamos un proyecto de artesanías, llevamos la tagua y el sombrero de paja toquilla. Habíamos identificado dos comunidades de Manabí y de Cañar para dar a conocer nuestro Ecuador y ayudar mediante la inmigración a estos pueblos. Con codesarrollo, en el fondo, queríamos que tanto dolor de estar lejos de nuestra tierra diera oportunidades a nuestra gente. Buenos tiempos, solidarios, guerreros. Nos cansamos tanto, pues trabajamos mucho y teníamos que pagar las deudas de viaje. De la bolsa, había que enviar dinero a nuestra gente que se quedó en Ecuador. Decíamos

“Algunos ecuatorianos radicados en España formamos una asociación llamada Galápagos. Contó con la participación de 5000 militantes, pese a que la ley mermaba toda posibilidad de que migrantes indocumentados pudieran organizarse socialmente.”



que los que habían migrado, de alguna manera, no eran los más pobres, que aquellos se quedaron en Ecuador.

La militancia nos bajó de las nubes y pasó nuestro año de dirección. Convocamos a elecciones y el nuevo directorio tenía otros intereses. Nosotros tuvimos que dar un paso al costado para seguir luchando en otras trincheras. En un año, se extinguió la Asociación Galápagos. Con gran tristeza, entendimos que a los inmigrantes ecuatorianos, a la gran mayoría, les interesaba cumplir con su objetivo migratorio económico y les daban igual los derechos o el codesarrollo. Viéndolo objetivamente, parece que su visión era legítima, pues no estaban obligados a ver por Ecuador y el resto. Solo quedan los archivos. Algún día haremos un Congreso sobre la migración ecuatoriana y expondremos esas viejas luchas y vivencias.

Corría el año 2004 y los parques españoles vivenciaban experiencias de la segunda generación. Aquellos que no habían decidido migrar, que estaban ahí obligados por sus padres. Eran adolescentes, casi niños. Pululaban por los parques, mientras sus padres cumplían el objetivo migratorio: hacer dinero. Los chicos pasaban en los parques largas horas a expensas de las bandas juveniles como los

Latin Kings y los Ñetas, quienes les ofrecían apoyo, afecto y protección. Podríamos desempolvar varios casos de chicos hermosos perdidos en estas realidades violentas por la adversidad de la migración. Otra vez, creíamos que había que dar respuesta a esa realidad.

Recuerdo a don Juanjo Guanuzo, un sacerdote salesiano, que desde el primer día que lo conocimos hizo mucho por los migrantes. Nos facilitó los salones de su parroquia para trabajar con los(as) adolescentes migrantes de los parques. Les enseñábamos música y danza para ocupar su tiempo libre y evitar que sean presa de las bandas juveniles, pues ya teníamos registro de adolescentes ecuatorianos en los centros de protección por delitos menores. Con ellos, caminamos atendiendo su realidad. Empezamos a evidenciar sus problemáticas de fondo: duelo migratorio, más difícil que el que sus padres estaban atravesando.

Los adolescentes latinoamericanos eran invisibles para el sistema educativo. Había protocolos de acogida en los centros educativos, pero solo para adolescentes que no hablaban español, pues se creía que, como los latinoamericanos hablan español, no necesitaban apoyo escolar. Nada más lejos de la realidad. Los migrantes decíamos que mediante



© Jacqueline Amacuña

una lengua se conoce la cultura; por lo tanto, no era adecuado dar por supuesto que los latinoamericanos no necesitaban apoyo.

Con música y danza empezamos a desarrollar espacios de refuerzo escolar. Ya las estadísticas mostraban claramente el fracaso escolar. Esta segunda generación, en un gran porcentaje, no ha terminado ni la Educación Secundaria Obligatoria (ESO), un equivalente al ciclo básico de Ecuador. Muy pocos han incurrido en la universidad. Fue interesante el trabajo con los adolescentes, porque empezaron a arraigarse en los barrios donde vivían. Ellos no vivían el discurso de racismo. Así atendíamos los domingos a más de 200 jóvenes de diversas culturas en los espacios deportivos del Colegio Don Bosco y formamos la escuela de líderes. Pero aún no habíamos hecho nada de lo que aspirábamos por los pobres que quedaron en Ecuador y había que volver a replantearnos la situación.

En 2006, volvimos a Ecuador. Tras siete años, ahí estaba nuestro país y sus realidades. Volvimos al páramo, no había cambiado nada. Seguían

migrando los niños a las grandes ciudades, a seguir sirviendo de betuneros, albañiles, empleadas, cargadores. La escuelita de páramo seguía teniendo un solo profesor, etc. Los padres seguían siendo los viejos huasipungueros que habían quedado más pobres que antes de la reforma agraria. Recordamos aquel pendiente que teníamos: hacer algo por Ecuador y ayudar a los que se quedaron. Ahí empezó la segunda parte del codesarrollo.

Nadie tiene que salvarnos, ni el socialismo ni el capitalismo. Somos nosotros los mismos actores de nuestro cambio. Nosotros, los sujetos históricos, debíamos trabajar arrimando el hombro, unos y otros aportando, en dirección horizontal, en reciprocidad. Están recogidos en diarios de campo, cada reunión, cada consenso de la comunidad indígena, donde empezamos de forma concreta el trabajo de codesarrollo.

Teníamos claro que no éramos los ricos ayudando a los pobres, sino que solo nosotros podemos salir adelante arrimando el hombro. En Europa, empezamos a hablar de codesarrollo, pero desde la perspectiva de nuestras luchas sociales, desde la reciprocidad, desde el *sumak kawsay*, desde la cosmovisión andina. En Europa, ya se oía de codesarrollo, pero desde una óptica y vivencias de Francia, que tenía una inmigración más antigua que España, pues llevaban una trayectoria de migración africana de 30 años. Aquel es un codesarrollo con una visión de Norte, que quería controlar la migración en la medida de sus intereses económicos.

Nuestro codesarrollo pensaba en el aporte que puede dar el/la otro/a, que todavía, en el subyacente pensamiento europeo etnocentrista, seguía siendo el bárbaro, el extranjero. Nuestra visión es holística, es epistemológica. Estamos seguros de que la

migración de los últimos tiempos debía darnos otra visión de las cosas y las personas. Es repensar el multiculturalismo, abrir espacios para la interculturalidad, para el pluralismo, para la justicia, para la libertad. Pensar que ya vale de vivir respirando por los poros de un pensamiento occidental, que no tenía nada que ver con nuestro bagaje cultural.

Nos preguntamos: ¿no será tiempo de que Latinoamérica, África, desempolven sus aportes? Creo

“Nadie tiene que salvarnos, ni el socialismo ni el capitalismo. Somos nosotros los mismos actores de nuestro cambio.”

que tenemos mucho que decir, pues el capitalismo y el socialismo no han erradicado el hambre del mundo. Creo que es el momento de otras filosofías, las nuestras, las propias. Creo que los inmigrantes debemos y tenemos mucho que aportar, más allá de mano de obra barata o remesa salvadora. Ya vale de criminalizar las organizaciones de inmigrantes por parte de la cooperación internacional, que no son más que políticas hechas para mantener la dependencia del Norte hacia los países en vías de desarrollo. ¿Quién dice que nosotros, los otros, los bárbaros, queremos desarrollarnos como ellos quieren? Quizá nosotros queremos construir el mundo con otras relaciones de poder, no verticales sino horizontales. Nosotros amamos la naturaleza, amamos el espíritu que existe en cada piedra, en cada planta, porque somos nosotros mismos existiendo como parte de un todo y ellos son como parte de nosotros. Es decir, todos somos de todos y nadie es de nadie.

El 26 de septiembre, recordamos los caminos dolorosos vividos por los migrantes. Son 20 años del éxodo ecuatoriano. ¿Qué hemos de hacer para que estos 20 años los inmigrantes retornados, desahuciados, no estén invisibilizados, criminalizados? ¿Dónde están las esperanzas de un mundo mejor? En fin; creo que están por ahí esperando solo una oportunidad.

Gracias a la migración, hemos tenido la oportunidad de vernos en los/as otros/as, aunque se nos ha tratado de imponer una cultura hegemónica. A pesar de todo y esa intención, la migración nos ha demostrado que el mundo es diverso en sus rasgos culturales, sociales, gastronómicos, educativos, artísticos y en sus filosofías. Pero al mismo tiempo nos miramos a los ojos y nos reconocemos como seres humanos de la misma especie, pero diversos a la vez. Gracias a los espacios de mediación intercultural hemos aprendido a valorar el trabajo científico en equipos multidisciplinarios y multiculturales. Hemos aprendido que a la hora del té estamos más cerca de los marroquíes y de los chinos. O en el romper el ayuno, estamos más cerca de los musulmanes y, que todavía nos hemos acercado más a nuestra sangre en aquellas comidas de un cordero degollado y hecho estofado que sabía a nuestro seco de chivo. O a la chicha hecha de jengibre, o las tortas de Europa del Este, hechas en piedra y que, al compartirlas, sabían a nuestras humitas. Qué hubiera sido de Europa si las papas

no llegaban, sin el tomate que da color a sus ensaladas. O si el café no estuviera en la sobremesa, o si el maíz no animara sus horas de cine.

La migración nos ha refutado. No hay un solo mundo, somos diversos, que cuando los hombres y las mujeres de cualquier cultura se encuentran, otros mundos reviven y se nos desvelan para encontrarnos en la esperanza, o, como dice Atahualpa Yupanqui en su canción:

Yo tengo tantos hermanos,
que no los puedo contar.
En el valle, la montaña,
en la pampa y en el mar.

Cada cual, con sus trabajos,
con sus sueños cada cual.
Con la esperanza adelante,
con los recuerdos detrás

Yo tengo tantos hermanos,
que no los puedo contar.
Y una hermana muy hermosa,
que se llama Libertad.

Conocer otras culturas de Ecuador, Latinoamérica, Europa, Asia y África nos ha permitido acercarnos a los seres humanos desde una perspectiva de humildad, sencillez y alteridad. Hemos llegado a la conclusión de que las fronteras, las banderas salen sobrando cuando los seres humanos de cualquier cultura se reconocen como eso, como hombres y mujeres con las mismas esperanzas y las mismas necesidades, con un bagaje cultural, ancestral que por azares de la vida les ha tocado vivir en diferentes espacios geográficos, pero con las mismas características de los de aquí y los de allá. En todas partes hay limitaciones, hay pobreza, hay injusticias; pero también hay solidaridad y esperanza. Qué hermoso experimentar la acogida de personas que jamás hemos conocido y que sin embargo han confiado en nosotros y nos han tendido la mano. Creemos que otro mundo es posible, desde el reconocimiento de sentirnos solidariamente hombres y mujeres, de cualquier lugar, pero con las mismas ganas de luchar. Gracias a la vida y las crisis, la migración nos ha hecho seres humanos diferentes.

¡Que vivan estos 20 años de migración, de esperanzas y convivencia intercultural!